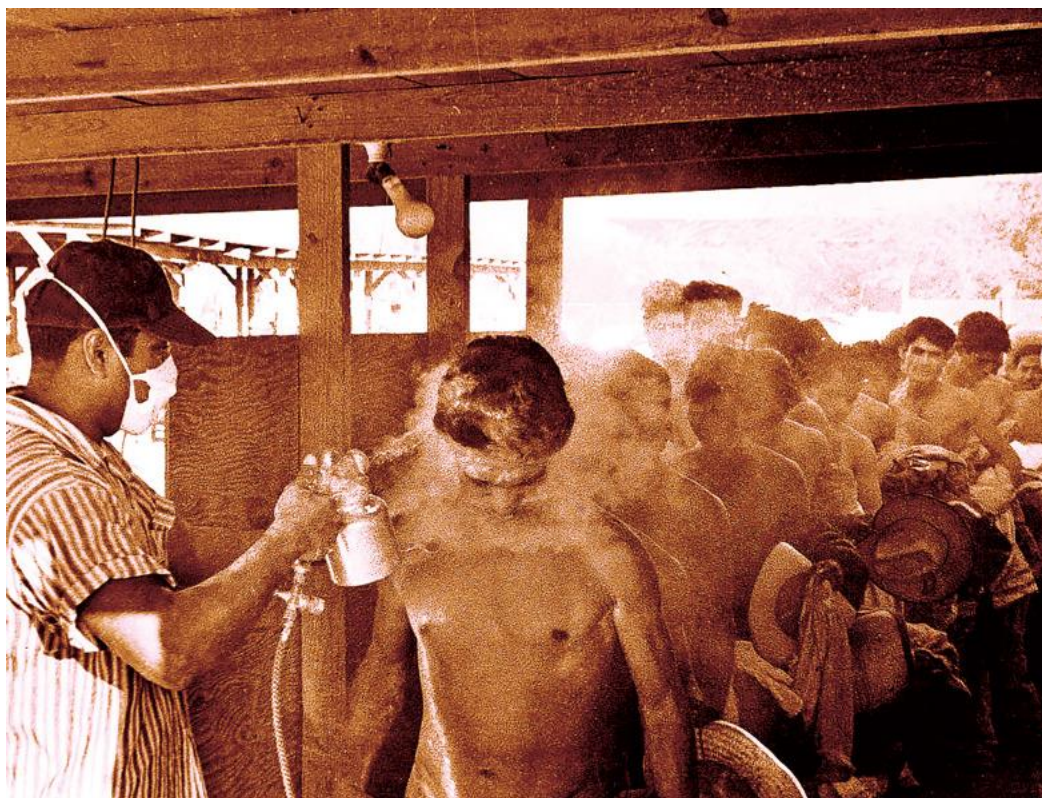


El coronavirus golpea a los trabajadores agrícolas migrantes



Un trabajador enmascarado fumiga a un bracero con DDT en el Centro de Procesamiento de Hidalgo, Texas, mientras que otros esperan en la fila. 1956. Foto de Leonard Nadel.

La actual crisis pandémica es una amenaza real para toda la población. No podemos cerrar los ojos ante las muertes, contagios, encierros de cuarentena, distanciamiento social, escases de productos básicos en los hogares, especulación y acaparamiento de víveres, cierres de escuelas, toques de queda, insuficiencia de respuesta de parte de gobiernos y autoridades de salud, indiferencia hacia las condiciones apremiantes de las personas y comunidades más marginadas, así como aumento de la precariedad y la desigualdad, no es aceptable. Estamos sumidos en una crisis de la vida que nos afecta a todas y a todos.

Sin embargo, hay sectores de la población que se encuentran en una situación más frágil, y que son los más afectados por la amenaza de contagio Covid-19, que todas y todos. Este sector está integrado por los migrantes pobres desprotegidos que no solo no tienen acceso a programas de salud y servicios médicos debido a la falta de dinero o un seguro médico básico, sino que también pueden llevar el contagio a sus familias y comunidades rurales porque viven en miedo y porque no reciben tratamiento o no buscan tratamiento si se enferman en los Estados Unidos.

Y como si la amenaza de enfermarse y tal vez morir por el coronavirus no fuera suficiente, la crisis también ha exacerbado el sistema de seguridad nacional con sus impactos de una mayor persecución policial, de más autoritarismo y más militarismo contra las

comunidades inmigrantes y fronterizas. El Estado, que supuestamente debería proporcionar seguridad y tranquilidad a la gente, ha fomentado las divisiones sociales y un ambiente de miedo al ejecutar una estrategia de guerra para enfrentar la crisis actual. En vez de una movilización pública urgente para enfrentar la crisis del Covid-19, el estado ha aprovechado la desgracia humanitaria para ejercer control más autoritario sobre la población, una mayor coartación de los derechos humanos, el endurecimiento de las políticas anti migrantes, un dominio riguroso de corte paramilitar de las fronteras y la contención del libre movimiento de las personas.

Los trabajadores agrícolas migrantes han resentido particularmente esta estrategia de guerra, ya que, para trabajar y mantener a sus familias, tienen que moverse de un lado a otro en la frontera. En el caso de El Paso, Texas, el ejército y la Aduana y Protección Fronteriza con el acompañamiento de la policía local y estatal han llevado a cabo simulacros de seguridad militar y contención humana por la fuerza y han cerrado los puentes internacionales por completo al menos tres veces en las últimas semanas. En tales ocasiones, muchos trabajadores agrícolas migrantes no han podido cruzar para trabajar en los campos y se ha arraigado el temor de que la frontera sea cerrada por completo.

El hecho de obstaculizar la libre circulación de migrantes aumenta su pobreza, ya que viven a diario, si hoy no trabajan, mañana no tienen nada para alimentar a sus familias.

Por otro lado, los miles de trabajadores agrícolas que trabajan en la región agrícola del sur de Nuevo México y los condados de El Paso y Hudspeth en el lado de Texas tienen salarios demasiado bajos que los colocan incluso por debajo del Nivel de Pobreza establecido por el mismo gobierno federal, por lo que no tienen acceso a servicios médicos o servicios de salud. La mayoría no califica para un seguro de salud de bajo costo y rara vez va a clínicas comunitarias, incluso cuando se encuentran en condiciones muy graves.

El entorno militarizado actual que es tan represivo en la frontera y la extrema pobreza que sufren, se combinan para convertirlos en el grupo más susceptible a la crisis actual. Entonces, si se contagiaron con el coronavirus, no buscarían atención médica y es muy probable que, ante tal dilema, preferirían regresar a su tierra. Esto crea otro riesgo adicional e incluso más complejo. Si el trabajador regresa a casa enfermo con el coronavirus, podría infectar a su familia y afectar a su comunidad rural.

Finalmente, el miedo y la vulnerabilidad de los trabajadores agrícolas migrantes bajo esta terrible crisis de la vida, también se refleja en un sentimiento de que ya de por sí están estigmatizados y no sería demasiado arriesgado pensar que, en uno de esos retornos de México, argumentando problemas de seguridad sanitaria, se encuentren entre los primeros en ser encerrados y en cuarentena o bañados en productos químicos para tratar de matar el contagio. Ya sucedió una vez, a mediados del siglo pasado, en un momento oscuro de la historia, cuando los braceros que vinieron a trabajar a este país fueron fumigados por primera vez con el químico cancerígeno DDT para no infectar a la población norteamericana.

La crisis está golpeando muy duramente a las y a los migrantes trabajadores del campo. Dentro de este grupo incluimos a las mujeres, a los niños y a la gente que padece pobreza extrema. Este grupo debe estar en el centro de los esfuerzos y la lucha para confrontar la crisis pandémica del coronavirus. Hacerlos a un lado y abandonarlos, solamente agudizará el peligro real que gravita en la cabeza de la humanidad.

Carlos Marentes

13 de Marzo de 2020